



CONTINUACIÓN DE “EL RETO DEL MAESTRO ANÓNIMO” (RESTAURO, 11)

COMIENZO DE LOS TRABAJOS

Texto, maqueta, fotos e ilustraciones: ENRIQUE NUERE

Hasta que no llegara madera a Granada no se podría empezar el trabajo de carpintería, pero sería un tiempo muy valioso para ir concretando las muestras de cada armadura. Ignoto pensó centrarse en el diseño del presbiterio, dejando el resto de las armaduras a su compañero, el oficial lacero (al que de ahora en adelante llamaré Rufo por el color de su pelo).

El otro carpintero (a quien bautizaré como Rubio, obviamente por su pelo), y que tan sólo tenía el grado de oficial de afuera (o de fuera), siempre escuchaba atento mientras Ignoto y Rufo hablaban, aunque entendía tan sólo la mitad de la jerga utilizada por sus compañeros, pero como tenía interés en aprender (para llegar algún día a ser lacero), en cuanto Ignoto los dejaba solos empezaba a marear a Rufo con un sin fin de preguntas.

Una vez que Ignoto y su principal ayudante habían dejado claros los criterios de intervención, no quedaba más que ponerse a trabajar en la preparación de todas las muestras necesarias para las distintas armaduras.

- ¿Y haremos las armaduras a mojinete, o a cuatro aguas?

- Creo que mejor será hacerlas a cuatro aguas, con sus limas dobles, lo que nos permitirá hacer los cuartos de limas en el suelo, y subirlos cuando ya se encuentren perfectamente armados, que se trabaja más seguro aquí

abajo que haciendo equilibrios en el andamio. Además, las cuatro aguas resisten mejor los aires violentos, que lo creas o no, yo ya he visto donde el empuje del viento hizo remarse más de media vara los pares de una armadura a sólo dos aguas, y el piñón de fábrica en que apoyaba el extremo de la armadura perdió el equilibrio y cayó al suelo con gran estruendo. Fue cosa de mucho espanto, que si llega a coger al sacristán, que un momento antes acababa de salir por la puerta que debajo del piñón había, lo habría dejado bien

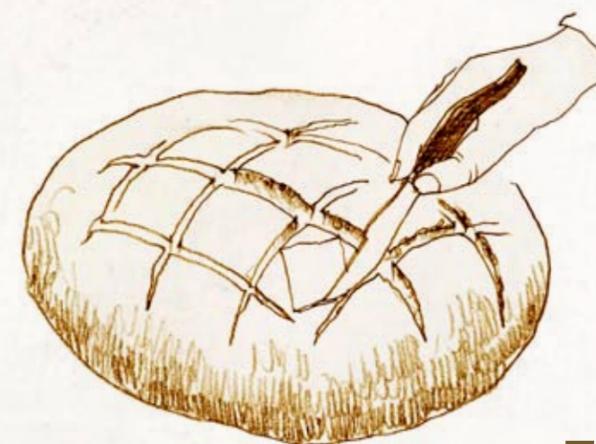
cubrir, para ir pensando en los estribados, cometido en el que era bastante ducho.

Mientras tanto, Ignoto se había refugiado en la única habitación de la casa que tenía buena luz, para empezar con su diseño del presbiterio. Por lo que había oído al Mayordomo del arzobispado, creía haber entendido que en el diseño del edificio había intervenido alguien llamado Egas (o tal vez un tal Guas, o Was, que esos nombres extranjeros no acababa de comprenderlos bien), maestro de gran renombre, que

habían venido de Bruselas o de la Bretaña, y cuyo estilo era muy peculiar, y muy del gusto de la reina Isabel, por lo que a pesar de su idea revolucionaria, empezó planteando unas pechinas que poco o nada tenían de lo que hoy consideramos renacentistas, pero pensó que de esa forma el artesanado se acoplaría mejor al resto de la obra.

1 Su primera tarea consistió en dibujar la planta del presbiterio, con el

pitipié de un octavo de pulgada por cada pie de la realidad*, y repartirlo en cuadrados como si se tratara de un tablero de ajedrez. No serviría cualquier tamaño para los cuadrados, ya que queriéndolos todos iguales, condición que consideraba irrenunciable, deberían ajustarse tanto al lado corto, como al largo del presbiterio, para lo cual no valía ni cualquier tamaño de los cuadrados, ni cualquier número



servido, sin necesidad de entierro, que el buen montón de escombros ya le habría dado cristiana sepultura.

Tras este comentario que dejó seriamente impresionado a Rubio, los dos carpinteros se afanaron en su trabajo; Rufo, rematando las muestras, con la ayuda de sus cartabones que siempre le acompañaban, mientras que Rubio, se dedicó a medir concienzudamente todos los paramentos de las estancias a

(*) En nuestras escalas al uso hoy en día, esta escala estaría muy próxima al 1/100, ya que en un pie tienen cabida 96 octavos de pulgada

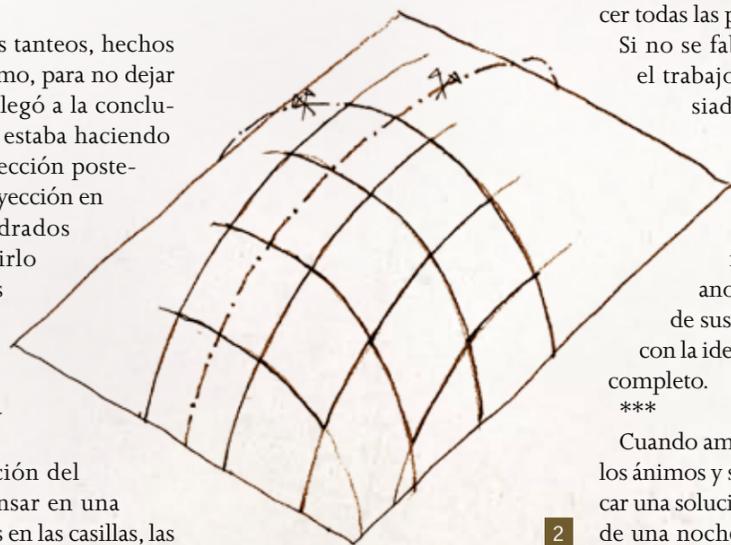
de cuadrados.

Después de varios tanteos, hechos con la punta de plomo, para no dejar trazos definitivos, llegó a la conclusión de que lo que estaba haciendo precisaría una corrección posterior, ya que si la proyección en la planta daba cuadrados iguales, al convertirlo en una bóveda, los más inclinados aumentarían de tamaño deformándose sus ángulos rectos.

Tal vez, la evocación del ajedrez, le hizo pensar en una alternancia de temas en las casillas, las blancas llevarían algún pinjante hacia abajo, mientras que las negras podrían ser cupulillas hacia arriba. Esa idea, que en realidad ya debía llevar rondando en su cabeza, acabó por verla tan clara que consideró que ya sería definitiva.

Se trataba por tanto de hacer unas piezas cuadradas, todas iguales, que se tocaran por sus vértices, mientras que los huecos intermedios se cubrirían con cupulillas, todas también iguales entre sí, todo ello ornado con molduras romanas, como suponía ya era práctica común desde hacía tiempo en Roma.

Como acostumbraba cuando se planteaba una obra nueva, y vista la ineficaz ayuda que podía esperar de



un simple dibujo, empezó por construir con madera un modelo simplificado, le bastaría con hacer tan sólo un cuarto de la bóveda, ya que el resto sería similar, pero así podría estudiar mejor los problemas; en este caso escogió un pitipíe de media pulgada por pie (equivalente a una escala actual de 1/24)*.

La primera sorpresa desagradable surgió cuando trató de encajar las piezas entre sí, o al juntarlas no le cabían, o quedaban cortas en una de las dos direcciones principales.

Con las piezas en la mano eso era evidente. ¿Cómo podía no haberlo previsto? ¿Tendría que renunciar a ha-

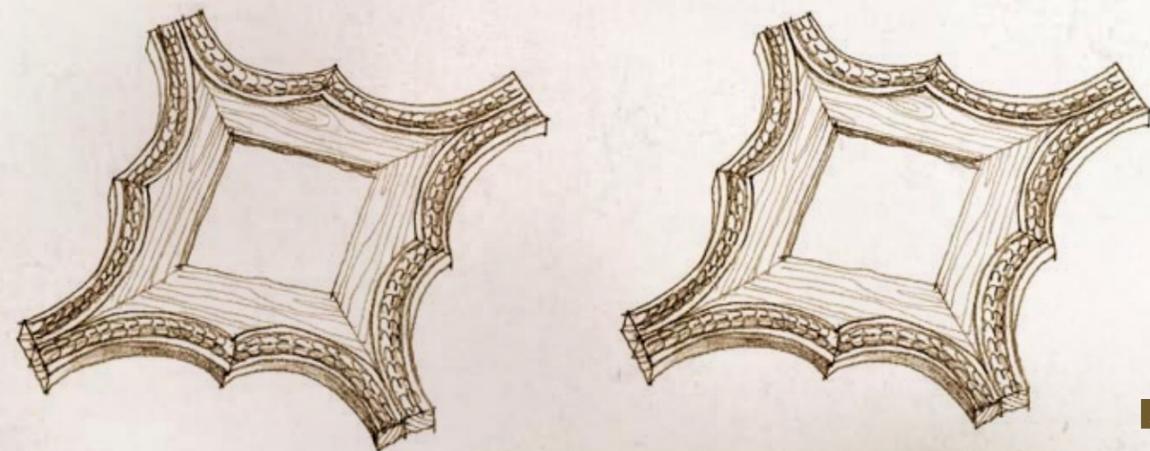
cer todas las piezas iguales?

Si no se fabricaban todas iguales, el trabajo se complicaría demasiado, estuvo un buen rato cavilando, y por fin, sintiéndose abatido, llegó a pensar en abandonar su innovadora idea. Como ya anohechía, fue a despedirse de sus compañeros y se acostó con la idea de haber perdido el día completo.

Cuando amaneció volvió a recobrar los ánimos y se sintió dispuesto a buscar una solución al problema. Después de una noche en la que su subconsciente no había parado de trabajar, al menos tenía claro cuál era la causa del problema. Las distintas curvaturas afectaban a cada pieza, lo que hacía que su forma, según se aproximaran a las esquinas, aumentaba su deformación que pasaba a ser más o menos romboidal en vez de cuadrada, lo que no le convenía nada, y aún más grave, le obligaba a hacer muchas piezas diferentes unas de otras.

Todo esto lo pensaba frente a la hogaza con la que pensaba desayunarse, y sobre la que inconscientemente estaba jugando con la punta de la navaja, dibujando sus casillas como si se tratara de un modelo comestible de la bóveda. Y al ir marcando la cuadrícula en la hogaza, cada vez le resultaba más

2



3

01. Por alguna razón extraña imagino que a Ignoto se le ocurrió la posibilidad de girar los cuadrados mientras jugaba con su navaja arañando la corteza de una hogaza recién salida del horno.

02. En este croquis se aprecia perfectamente como se van deformando los cuadros del damero realizado sobre la superficie de doble curvatura en cuanto se separan de los ejes principales del rectángulo que representa la base de la cúpula.

03. Las dos piezas aquí representadas son aparentemente iguales, pero si nos fijamos detenidamente podremos comprobar que la de la derecha tiene sus esquinas superior izquierda e inferior derecha, ligeramente más cortas que las de la pieza izquierda.

4



5



Estas ilustraciones corresponden a la maqueta que estoy realizando al tiempo que escribo este artículo sobre el artesanado del presbiterio de la iglesia, cuyos complejos problemas de diseño fueron los que me hicieron intentar ponerme en el papel del autor de esta sorprendente obra carpintera.

04. Cuatro piezas como ésta, forman cada una de las bandejas que soportarán los pinjantes, y que constituyen el conjunto principal de piezas del artesanado.

05. Con este hábil truco resolvió Ignoto su problema, ocho molduras como ésta, añadidas a los bordes de cada bandeja permiten modificar sus medidas totales sin que las piezas de partida sean diferentes, basta con cortar las molduras añadidas más cerca o más lejos del vértice de la bandeja.

06. En esta foto cuesta encontrar diferencias entre ambas piezas, dado que básicamente son idénticas. La única discrepancia entre las dos estriba en la mayor prolongación de las molduras de la pieza de la izquierda, (aunque inicialmente éstas se hayan hecho idénticas para todo el artesanado). Simples cortes de sus extremos permitirán ajustar cada pieza al lugar elegido, sin que el espectador aprecie las diferencias existentes entre ellas.

6



evidente que los cuadrados forzosa-mente se deformaban en forma de rombos o peor aún, en trapecios.

Sin saber por qué, le vino una idea a la cabeza, no sabía si servía de algo o no, pero la inspiración no obedece a razones y decidió girar las casillas cuarenta y cinco grados y las imaginó todas iguales, pero con sus vértices estirándose o encogiéndose, mientras su interior cuadrado, que se iba deformando ante los ojos de su mente, mientras sus vértices se aguzaban, aprisionados por unas poderosas molduras que se estiraban y se estiraban; en el centro de los lados esas mismas molduras mantenían su curvatura hasta chocar entre sí. Antes de que la fantástica imagen se borra- ra de su mente, se puso febrilmente manos a la obra, y preparó un par de piezas tal como en su imaginación las había visto con toda nitidez, y una

vez que las tuvo acabadas, cortó los extremos de las molduras a diferente distancia de los centros de las piezas, inicialmente concebidas como cua- dradas, de tal forma que así, una se podía inscribir en un cuadrado per- fecto, mientras que la otra lo hacía en un rombo.

Convocó a sus dos ayudantes, y les preguntó:

-¿Qué os parecen estas piezas para el techo del presbiterio?

- Muy bien - contestaron Rufo y Rubio casi al unísono.

-¿Pero no les notáis algo raro?

Los dos permanecieron callados, mientras buscaban la rareza por la que su maestro les preguntaba.

Como no daban muestras de en- contrar la respuesta adecuada, Ignoto les dio una pista.

- Es sobre su tamaño, ¿notáis algu- na diferencia entre las dos?

Rufo usó un cordel para medir sus diagonales, pero como había despre- ciado la moldura, a la que considera- ba un simple adorno, no se había per- catado de su mayor o menor saliente respecto de las curiosas bandejas, que ciertamente eran idénticas.

- Pues yo las veo iguales.

-Y yo tampoco encuentro ninguna diferencia.

- De eso se trataba, quería estar convencido de que se verían iguales, pero los conjuntos son distintos, no veis que sus molduras no están cor- tadas a la misma distancia del centro de la pieza.

Sus dos compañeros se miraron en- tre sí como dando a entender que aún les quedaba mucho por aprender, ja- más se les habría ocurrido semejante truco para engañar a la vista tan fácil- mente. Pero aún quedaban las otras piezas intermedias.

- Pero entonces, ¿las cupulillas que van encima, también serán iguales?

- No, esas tendrán que ser distintas, pero eso no me preocupa, ya que se construirán una vez que las piezas principales estén montadas en su lugar, y aunque su base sea distinta, puedo mantener iguales los cuatro arquillos de sus aristas. Según la base sea mayor o menor, unas cupulillas quedarán más tendidas y otras más pinas, pero eso desde abajo tampoco será posible de apreciar.

Más tarde Ignoto se percataría de que sus imaginarias cupulillas le tenían preparadas nuevas sorpresas desagradables, pero por el momento

no conviene echar un jarro de agua fría sobre la euforia del maestro aho- ra que había encontrado una airosa solución a su imposible problema geométrico.

Con la conciencia tranquila de tener encarrilada su singular bóveda, se puso a diseñar las muestras de las armaduras de la nave de la iglesia y del coro, que esas las había reservado para sí, pues por el momento era más importante preparar tajos y pensar en cuántos carpinteros laceros y demás oficiales habría de contratar para acometer la totalidad de la obra, amén de

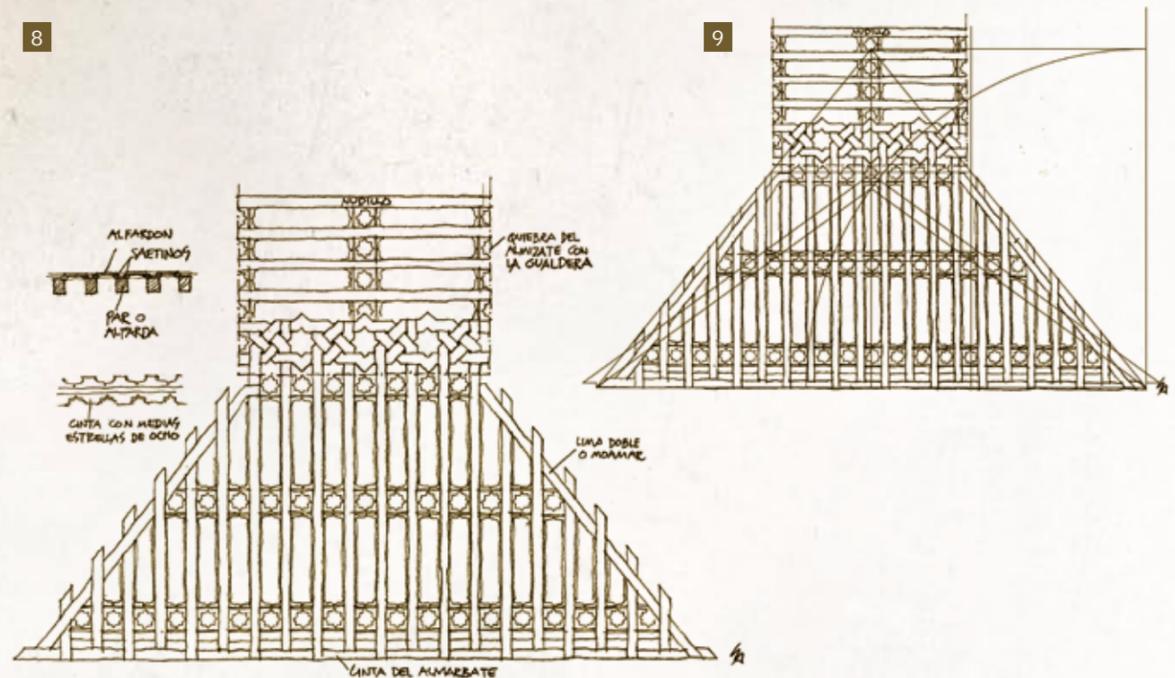
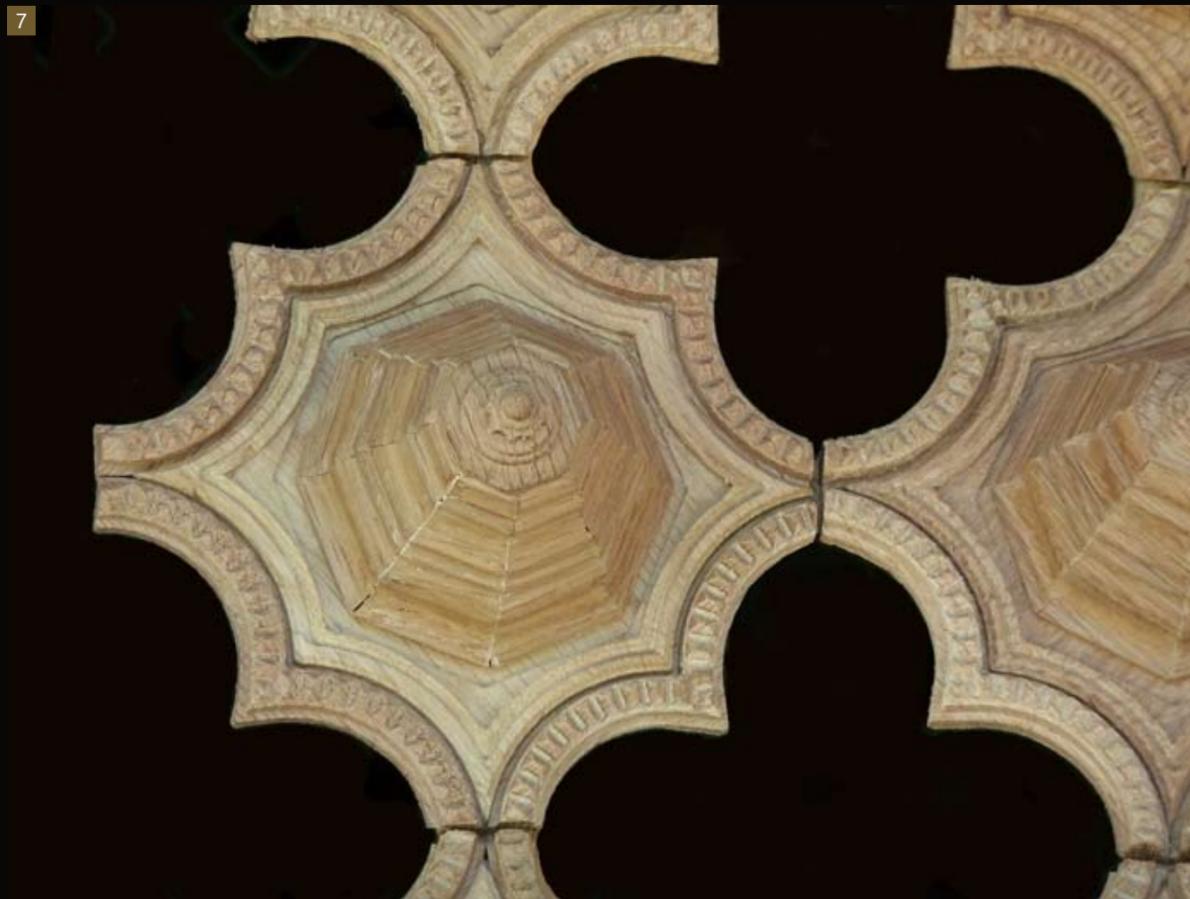
poder tratar con los madereros que habitualmente llegaban a Granada, a quienes tendría que encargar toda la madera que hubiera menester para no interrumpir los trabajos una vez iniciados, ya que a partir de entonces, el coste de los salarios de todos los car- pinteros que intervinieran en la obra caería sobre sus espaldas, salvo en lo referente al vino y trigo necesarios para alimentarles, que según las con- diciones firmadas con el Mayordomo del Arzobispado, correrían por cuenta de este último, y cuanto más se retra- sase la obra otro tanto menguarían sus posibles beneficios.

Continuará. **R**

08. Muestra de la armadura que preparó Rufo para una de las naves del monasterio. En ella se incluye el testero completo y parte del almizate. Si cada par se separa del contiguo una distancia igual al doble de su grueso se dice que el trazado es "a calle y cuerda", y "fuera de calle y cuerda" cuando no se cumple esta condición.

09. De la muestra anterior se deducía la monte de la armadura, lo que proporcionaba los cartabones que servirían para medir y cortar todas sus piezas. En realidad, para esta muestra ya se había decidido de antemano el empleo del cartabón de cinco, por proporcionar una pendiente bastante inclinada para que las aguas corrieran sin detenerse, pero no tanto que las tejas se deslizaran. Eso obliga a dibujar primero la sección de la armadura y de ella deducir la forma del faldón, o lo que es lo mismo encontrar su cartabón albanecar. Una vez establecidos los bordes del faldón, y decididos cuantos pares acometerán al almizate, sólo falta definir la quiebra entre éste y el testero y completar el dibujo de la muestra

07. Detalle del proceso de montaje de las diferentes piezas. En la que aparece completa en la imagen, sus vértices superior e inferior se han cortado promediándolos con los de las piezas contiguas. El vértice de la derecha se ha cortado de acuerdo con la pieza vecina, mientras que el vértice de la izquierda queda pendiente de cortar a la espera de ajustar la próxima pieza que haya de colocarse. Los pequeños desajustes inevitables que se producen, pasarán desapercibidos cuando se coloque la moldura semicircular que cubrirá las uniones de todas las piezas. De esta forma Ignoto consiguió fabricar todas las piezas idénticas sin problema para que sus vértices se acortaran o alargaran en función de su posición relativa en el conjunto



THE CHALLENGE OF THE ANONYMOUS MASTER (II)

This story is an attempt to pass on the fortune and misfortune of a master carpenter, Ignoto, when he was designing and building a coffered ceiling. This is the time of the conquest of Granada and the discovery of America when the auction of the roof works at the Clarisa's convent is announced.

Ignoto had a challenge. He wanted to put forward his new idea in the auction: the design of a framework according to a new way of construction. But the innovation implied problems to bring prices down and get the work, besides he should convince the foreman of the greatness of his idea. This work had been sponsored by Isabel De Castilla so it was sure that if he did a good work he would later get more works.

The auctions consisted of a bidding which ended up in favour of Ignoto.

Once finished the procedure Ignoto showed the foreman his pictures and he liked them.

Next day Ignoto gave work to anyone who wanted to work there. He also needed blacksmiths to make wrought iron nails and go to sales of wood coming from the Cazorla Mountains.

Once finished these procedures Ignoto and his two helpers looked for a house to live in during the works.

That day was Friday and up to three times a day the Muezzins summoned the Muslims still living in Granada to pray. The church of San José was in fact one of the oldest mosque in Granada and only five days after entering the king and queen in Granada the archbishop had blessed it for Christian use.